



Palabras para Ángel

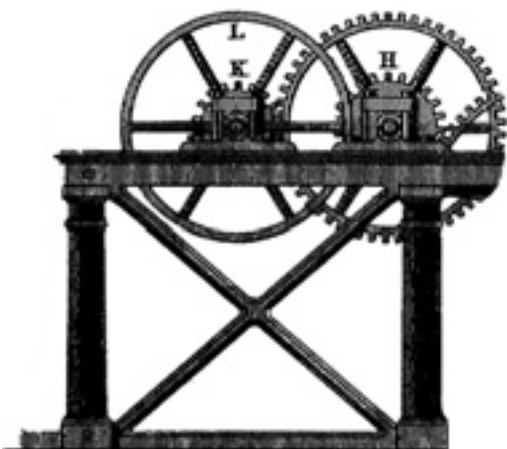
Antes de pronunciar las palabras rituales en acción de gracias por la abundante generosidad poética de Ángel González, confesaré que su mejor poema es el propio Ángel, el mismísimo González. Al principio fueron sus poemas, tan útiles, tan civiles, tan de uso práctico para entender la vida, para escaparse a las miserias del tiempo, para gozar con la celebración de poner un poema en una rodilla de alguna chica y saber que podíamos soñar con temblores compartidos. Esa virtud, esa cualidad de abrir puertas, de abrir piernas, de abrir cómplices que tiene la poesía de Ángel González no es cualidad que abunde tanto por nuestros pagos poéticos. Esa es ya la primera razón de nuestra gratitud. De nuestra deuda todavía no liquidada.

Detrás de sus poemas, de su práctica utilidad para la vida, viene su voz. Antes de conocer al poeta conocimos su voz. Su serena voz de lenta cercanía, forjada de cigarros, alcoholes y noches sin fin. El poeta tenía, tiene, la voz que corresponde. Mezclada de acentos, de irónica seriedad, de ausencia de toda afectación y de contemporáneo clasicismo. Una voz que acompaña bien a sus poemas y que sabe pasearse con sus huesos. Se calla bien y dice mejor. Voz para el decir de cerca, para hacerse oír a la media distancia y para soportar las lejanías.

A su voz, tan cercana en recuerdo y en la realidad, le acompaña su esqueleto. Un clásico y, sin embargo, otra vez tan contemporáneo. Ni cuando le vemos en las serias fotos de su juventud en traje de funcionario, en su seriedad sin barba, en sus tiempos de bigote o en aquellos de marcar pantalón y cinturón de joven maduro de muchas barras, nos resulta ajeno. Pero cuándo más se parece, para nosotros, a Ángel González, es con la barba que avanza al blanco, con los pelos que se mantienen discretamente despeinados, con la mirada que se humedece y las gafas al margen de toda moda y con el estilo de su rostro ayer, hoy y mañana. Cervantino de huesos, ironía en los labios, sonrisa sin maquillajes, brazos que se cruzan como si se abrazara suavemente a sí mismo y estilo de español anglófono sin descuidar su elegante desaliño. Pulcro sin brillo.

Después de poemas con voz, de cuerpo con poemas, de estilo de vivir las noches de cada día, de buscador de amistades, de conquistador de muchachas universitarias que se dejan besar por el profesor a la hora del crepúsculo, después de todo eso y de muchas canciones más, está el amigo del que uno no se quiere desprender. Un ser luminoso en tantas nocturnidades. Una rareza, una suerte, haber podido compartir horas sin excusas, sin trabajos, sin obligaciones de ponernos serios con un hombre que nos mejora con su poemas y sus vidas. Con él, detrás, a su lado, también se pasea una de las más nobles historias de nuestra triste historia de España.

El, los suyos, perdieron aquella guerra, pero siempre supo, y supieron los que a su lado estaban, los que con su poesía se perdieron y orientaron, que se podía conquistar la vida, burlar las miserias, conquistar la felicidad a parcelas de amistades, de amores, de bares, de canciones y de libros. Esa fue, sigue siendo, su manera de ganar la guerra.



El mundo, aquél mundo y todavía tantas cosas, tantas veces este mundo, podía ser áspero, pero la vida tenía un camino para la dulzura. No era, no es, un camino sencillo ni bien señalado, pero es un sendero que podemos seguir si acompañamos a Ángel. Tendremos que asumir que muchas veces ayer no tuvo su día, incluso que hoy tampoco tuvo su ayer, pero más allá de los molestos insectos, de los predicadores con templo o sin púlpito, de los inspectores de moralidades, de los tratados de urbanismo, de las estatuas de los dictadores y de los dictadores sin estatuas, la vida tiene un espacio que nos permite burlar la seriedad tanta, la miseria mal repartida y la injusticia sin clases.

La cosa no será fácil, pero si nos movemos con el mapa adecuado para llegar a Ángel González, con sus poemas y sus canciones al anochecer, con su voz y algunas toses, con los litros y los amigos propicios para andar el camino, la senda no parece tan tenebrosa. Incluso hay lugares, que por más comunes y concurridos que sean o hayan sido, nos complace tanto volver a recorrer. Las mejores personas, los mejores poetas son los que nos saben acompañar en esos momentos en que la vida se parece merecer un cartel que diga: No hemos perdido. Que así sea, que en compañía de Ángel muchas noches nos sigan sucediendo como si la muerte no fuera a pasar por nosotros.

